

de las naciones individuales", y, por lo tanto, sería peligroso ignorar los requerimientos nacionales y políticos al formular una línea de conducta económica internacional. Pero el sistema de proteccionismo propugnado por List no excluía la posibilidad de "una alianza final de naciones bajo el imperio de la ley... en forma de confederación."

List: SISTEMA NACIONAL DE ECONOMIA POLITICA.

## INTRODUCCION

Ninguna rama de la Economía Política presenta tan gran número de puntos de vista entre los teóricos y los prácticos como la que trata del comercio internacional y de la política comercial. No existe, sin embargo, en el dominio de esta ciencia, cuestión que ofrezca el mismo grado de importancia con relación al bienestar y la civilización de los pueblos, al mismo tiempo que a su independencia, su potencia y su duración. Países pobres, débiles y bárbaros han debido principalmente a la sabiduría de su política comercial el haber llegado a ser ricos y poderosos, y otros que habían brillado, se han eclipsado faltos de un buen sistema; se ha visto hasta naciones privadas de su independencia y de su existencia política, sobre todo porque su régimen comercial no había venido en ayuda del desarrollo y de la afirmación de su nacionalidad.

Hoy más que en ninguna otra época, entre todas las cuestiones del campo de la Economía, la del comercio internacional adquiere un interés preponderante. Pues cuanto más rápido avanza el genio del descubrimiento y del perfeccionamiento industrial, así como el progreso social y político, y más se agranda la distancia entre las naciones estacionarias y las que avanzan, más peligro hay de quedarse atrás. Si en otro tiempo han sido precisos siglos para monopolizar la principal fabricación, la de las lanas, más tarde algunas decenas de años han bastado para monopolizar la industria, mucho más considerable, del algodón, y en nuestros días, un avance de pocos años ha facilitado a Inglaterra los medios de atraerse toda la industria minera del Continente europeo.

El mundo no ha visto en ninguna otra época una potencia manufacturera y comercial, provista de los recursos inmensos que posee la que reina hoy, perseguir un sistema tan consecuente y poner la misma energía en acaparar la industria manufacturera, el gran comercio, la navegación marítima, las colonias importantes, el dominio de los mares y subyugar todos los pueblos, como los hindúes, a su ruego manufacturero y comercial.

Horrorizada por las consecuencias de esta política, ¿qué digo?, obligada por las convulsiones que ella había producido, se ha visto en nuestro siglo una nación continental, mal preparada aún para la industria manufacturera, Rusia, buscar su salvación en el sistema prohibitivo, tan reprobado por la teoría. ¿Y qué ha encontrado? La prosperidad nacional.

Por otro lado, animada por las promesas de la teoría, América del Norte, que se elevaba rápidamente con ayuda del sistema protector, se ha dejado arrastrar a reabrir sus puertos a los productos

manufacturados de Inglaterra. ¿Y qué frutos le ha reportado esta libre concurrencia? Convulsiones y ruinas.

Semejantes experiencias son muy a propósito para provocar dudas sobre la infalibilidad que la teoría se arroga y sobre el absurdo que ella imputa a la práctica; para despertar el temor de que nuestra nacionalidad corra el peligro de perecer a causa de un error de la teoría, como aquel enfermo que, conformándose a una receta impropia, murió de una errata de imprenta; en fin, para hacer nacer en nosotros la sospecha de si esta teoría tan alabada no habrá sido contruída tan hinchada y tan alta para esconder armas y soldados, como un nuevo caballo de Troya, y para llevarnos a abatir con nuestras propias manos los muros que nos protegen.

Al menos está confirmado que, después de llevar discutiendo más de medio siglo la gran cuestión de la política comercial en todas las naciones, en los libros y en las asambleas legislativas, por las inteligencias más sagaces, el abismo que desde Quesnay y Smith se abrió para la teoría de la práctica, no solamente no ha desaparecido, sino que no hace más que ensancharse de año en año. ¿Qué es, pues, una ciencia que no ilumina el camino que debe seguir la práctica? Es razonable suponer que los unos, por la potencia infinita de su inteligencia, han reconocido exactamente y por todas partes, la naturaleza de las cosas, y los otros, en la impotencia igualmente infinita de la suya, no han sabido comprender las verdades descubiertas y sacadas a luz por los primeros, y continúan durante generaciones enteras tomando los errores visibles por verdades? ¿O no sería mejor admitir que los prácticos, aunque en general demasiado inclinados a apegarse a lo que existe, no hubieran resistido a la teoría tan tiempo y tan tozudamente si la teoría misma no contrariase la naturaleza de las cosas?

En realidad, creemos poder establecer que la contradicción entre la teoría y la práctica, con respecto a la política comercial, es falsa de los teóricos tanto como de los prácticos.

La Economía Política, en materia de comercio internacional, debe extraer sus lecciones de la experiencia, apropiarse las medidas que ella aconseja a las necesidades del presente a la situación particular de cada pueblo, sin desconocer, sin embargo, las exigencias del porvenir y las de todo el género humano. Se apoya, por consiguiente, sobre la *Filosofía*, la *Política* y la *Historia*.

En interés del porvenir y del género humano, la *Filosofía* clama: la unión cada vez más íntima entre las naciones, la renuncia a la guerra cuanto sea posible, la consolidación y el desarrollo del derecho internacional, el paso de lo que hoy se llama el derecho de gentes a un derecho federal, la libertad de las relaciones de los pueblos en el orden moral tanto como en el orden material: en fin,

unión de todos los pueblos bajo el régimen del derecho o asociación universal.

En interés de cada pueblo en particular, la *Política* demanda, por el contrario, garantías de su independencia y de su duración, medidas destinadas a apresurar sus progresos en civilización, en bienestar y en potencia y perfeccionamiento de su estado social, para hacer de él un cuerpo completo y armoniosamente desarrollado en todas sus partes, perfecto en sí y políticamente independiente.

La *Historia*, por su parte, apoya de manera inequívoca las exigencias del porvenir, enseñando cómo, en todas las épocas, el progreso material e intelectual ha estado en relación con la extensión de la asociación política y de las relaciones comerciales. Pero ella justifica al mismo tiempo las exigencias del presente y de la nacionalidad, enseñando cómo algunas naciones han perecido por no haber velado suficientemente por el interés de su cultura y de su potencia; cómo un comercio enteramente libre con naciones más adelantadas ha sido ventajoso a pueblos todavía en las primeras fases de su desarrollo, y cómo los que habían recorrido un cierto camino no han podido, sino por medio de ciertas restricciones en su comercio con los extranjeros, ir más allá y alcanzar a los que los habían adelantado. La *Historia* indica así el medio de conciliar las exigencias respectivas de la *Filosofía* y de la *Política*.

Pero la práctica y la teoría de la Economía Política, tal como se producen actualmente, se inclinan exclusivamente, la primera, en favor de las exigencias particulares de la nacionalidad; la segunda, en favor de las reclamaciones absolutas del cosmopolitismo.

La *práctica*, o en otros términos, lo que se llama el sistema mercantil, comete el grave error de sostener la utilidad y la necesidad absolutas, universales, de las restricciones, porque han sido útiles y necesarias a ciertas naciones y en ciertos períodos de su desarrollo. No ve que las restricciones no son más que un medio; pero la libertad es el fin. No enfocando más que la nación, y jamás la Humanidad, sólo el presente, y nunca el porvenir, es exclusivamente política y nacional, falta del golpe de vista filosófico y de la tendencia cosmopolita.

La *teoría* reinante, al contrario, tal como ha sido soñada por Quesnay y elaborada por Adam Smith, se preocupa exclusivamente de las exigencias cosmopolitas del porvenir, y del porvenir aun el más alejado. La asociación universal y la libertad absoluta de los cambios internacionales, ideas quizá realizables dentro de varios siglos, las considera como realizables desde hoy. Desconociendo las necesidades del presente y la idea de nacionalidad, ignora la existencia de la nación, y, por consecuencia, el principio de la educación de la nación para su independencia. En su cosmopolitismo exclusivo, ve siempre el género humano, el bienestar de la especie entera,

jamás la nación y la prosperidad nacional; tiene horror a la política, condena la experiencia y la práctica como rutinarias. No teniendo en cuenta los hechos históricos sino cuando responden a sus tendencias unilaterales, ignora o desfigura las lecciones de la Historia que contrarían su sistema; se ve en la necesidad de negar los efectos del Acta de navegación, del tratado de Methuen, de la política comercial de Inglaterra, en general, y de sostener, en contra de la verdad, que Inglaterra ha llegado a la riqueza y poderío a pesar de esta política, no gracias a ella. Toda vez que conocemos lo que hay de exclusivo en uno y otro sistema, no nos asombraremos de que, a pesar de sus graves errores, la práctica no haya querido ni podido dejarse reformar por la teoría; comprenderemos también por qué la teoría no ha querido oír hablar de la historia, ni de la experiencia, ni de la política, ni de la nacionalidad. Si esta teoría vaga, no obstante, se predica por doquier y, sobre todo, en aquellas naciones en que más ha comprometido su existencia, es preciso oponerse a la tendencia marcada de la época hacia las experiencias filantrópicas y hacia la solución de los problemas de la filosofía.

Pero en la vida de los pueblos, como en la de los individuos, hay dos remedios enérgicos contra las ilusiones de la ideología: la experiencia y la necesidad. Si no nos equivocamos, todos los pueblos que recientemente han creído encontrar su salvación en las relaciones libres con la potencia preponderante en las manufacturas y en el comercio, se hallan en vísperas de importantes experiencias.

Es imposible que los Estados Unidos, perseverando en su régimen comercial actual, consigan poner un poco de orden en su economía nacional. Es absolutamente preciso que vuelvan a su antiguo arancel. Aunque en vano se resistan los Estados en que aun se conserva la esclavitud, y aunque el partido dominante trate de sostenerlos, la fuerza de los hechos se impondrá. Incluso tememos que pronto o tarde, el cañón cortará una cuestión que era un nudo gordiano para los legisladores; América pagará su saldo a Inglaterra con la pólvora y el plomo; las prohibiciones de hecho que resulten de la guerra remediarán los defectos del arancel americano, y la conquista de Canadá pondrá fin para siempre al vasto sistema de contrabando inglés anunciado por Huskisson.

Quizá estemos equivocados; pero si nuestra profecía llega a cumplirse, es a la teoría del librecambio a la que nosotros hacemos responsable de esta guerra. Extraña ironía del destino la de que una teoría basada sobre la gran idea de la paz perpetua encienda la guerra entre dos potencias tan bien dotadas, al decir de los teóricos para traficar entre sí; casi tan notable como ver, a consecuencia de esta filantrópica abolición del comercio de esclavos, millares de negros sepultados en el fondo del mar (1).

En el curso de los cincuenta últimos años, o más bien de los veinticinco últimos (ya que es difícil tener en cuenta el período de

revolución y de guerra), Francia ha experimentado en gran escala el sistema restrictivo, con sus errores, sus impurezas y sus exageraciones. El éxito de la experiencia es manifiesto para todo espíritu imparcial. El hecho de que la teoría lo ponga en duda no es de extrañar, ya que debe hacerlo para ser consecuente consigo misma. Si ha podido avanzar y persuadir al mundo de la afirmación audaz de que Inglaterra se ha hecho rica y poderosa, a pesar y no a causa de su política comercial, ¿cómo iba a dudar, en sostener una tesis mucho más fácil de establecer, cual es la de que Francia, sin protección para sus manufacturas, sería incomparablemente más rica y floreciente de lo que es hoy día? Si prácticos esclarecidos combaten semejante tesis, numerosos espíritus reputados de instruidos y juiciosos la toman como artículo de fe; y de hecho, en Francia hoy día, parece bastante extendido suspirar por las bendiciones de un libre comercio con Inglaterra. Sería difícil discutir, y en otro lugar entraremos con mayor detalle en este tema, que una mayor actividad comercial sería beneficiosa desde muchos puntos de vista para los dos pueblos. Sin embargo, está claro que Inglaterra aspira a cambiar no solamente materias primas, sino sobre todo masas considerables de artículos manufacturados de consumo general, contra productos agrícolas y objetos de lujo de Francia. No se puede saber si el Gobierno y las Cámaras de Francia están dispuestos a prestarse a estos deseos, ni si se prestará efectivamente a ellos. Pero en el caso en que diesen en realidad plena satisfacción a Inglaterra, sería un ejemplo más dado al mundo en favor o en contra de este gran problema. En el estado actual de cosas, dos grandes naciones manufactureras, de las cuales una es netamente superior a la otra en el aspecto de gastos de producción y de extensión de su mercado exterior, ¿pueden luchar libremente entre sí en sus propios mercados? Y ¿cuáles han de ser los efectos de tal concurrencia?

Se ve cuál es hoy día la importancia práctica de la gran cuestión de la libertad de comercio internacional y cuán necesario es buscar de una vez, imparcialmente y a fondo, hasta qué punto la teoría y la práctica se han equivocado en esta materia, a fin de ponerlas de acuerdo entre sí, o, al menos, tratar seriamente el problema de su aproximación.

En verdad, no es por una afectada modestia, sino con el sentimiento de una profunda desconfianza en sus fuerzas, por lo que el autor declara que sólo después de varios años de resistencia contra sí mismo, después de haber puesto cien veces en duda la rectitud de sus ideas y de haberse otras cien asegurado en ellas, después de haber sometido a prueba reiteradas las ideas contrarias y haber reconocido continuamente su inexactitud, se ha decidido a abordar la solución de este problema. Se cree exento de la vana ambición de contradecir viejas autoridades y de fundar teorías nuevas. De haber sido inglés, difícilmente hubiera concebido dudas sobre el principio fundamental de la teoría de Adam Smith. Fué la situación de su

país la que hace más de veinte años le decidió a desarrollar, primero en artículos anónimos y después en artículos firmados y más extensos, opiniones contrarias a la teoría. Aun hoy es principalmente el interés de Alemania el que le ha dado valor para publicar el presente escrito; no disimulará, sin embargo, que a ello se une un motivo personal saber la necesidad por él reconocida de mostrar por una obra más importante que no es absolutamente incompetente en materia de Economía Política.

En contra de la teoría, el autor comenzará por interrogar a la Historia, deduciendo de ella sus principios fundamentales; después de haberlos expuesto, hará la crítica de los sistemas anteriores, y como su tendencia es esencialmente práctica, acabará trazando la nueva fase de la política comercial.

Para mayor claridad, daremos aquí un esbozo de los principales resultados de sus estudios y meditaciones.

La asociación de las fuerzas individuales para la prosecución de un fin común es el medio más eficaz de conseguir la felicidad de los individuos. Solo y separado de sus semejantes, el hombre es débil e indefenso. Cuanto mayor es el número de aquellos a los que está unido, más perfecta es la asociación y mayor y más perfecto el resultado, que es el bien moral y material de los individuos.

La más alta asociación de los individuos actualmente realizada, es la del Estado, la de la Nación; la más alta imaginable es la del género humano. Así como el individuo es mucho más feliz en el seno del Estado que en el aislamiento, todas las naciones serían mucho más prósperas si estuviesen unidas por el Derecho, por la paz perpetua y por la libertad de cambios.

La Naturaleza lleva poco a poco a las naciones hacia esta asociación suprema, invitándolas, por la variedad de climas, de tierras y de producciones, al cambio, y por la plétora de población y por la abundancia de capitales y de inteligencias, a la emigración y a la fundación de colonias. El comercio internacional, despertando la actividad y la energía por las nuevas necesidades que crea, propagando de una nación a otra las ideas, los descubrimientos y las fuerzas, es una de las más poderosas palancas de la prosperidad y de la civilización de los pueblos.

Pero hoy la unión de los pueblos por medio del comercio internacional es aún muy imperfecta, pues está interrumpida, o al menos debilitada, por la guerra y por las medidas egoístas de tales o cuales naciones.

Por la guerra, una nación puede ser privada de su independencia, de sus bienes, de su libertad, de su constitución y de sus leyes, de su fisonomía propia y, en general, del grado de cultura y de bienestar que ha alcanzado; puede ser subyugada. Por las medidas egoístas

del extranjero, puede ser turbada o retardada en su desarrollo económico.

Conservar, desarrollar y perfeccionar su nacionalidad, tal es hoy, y tal debe ser siempre, el objeto principal de sus esfuerzos. En ello no hay nada de falso ni de egoísta; es una tendencia razonable, perfectamente de acuerdo con el verdadero interés del género humano, puesto que conduce, naturalmente, a la asociación universal, la cual no es provechosa al género humano sino cuando los pueblos han alcanzado el mismo grado de cultura y poderío, y, por consecuencia, se realiza por el camino de la confederación.

Una asociación universal que tuviese su origen en el poderío político y la riqueza preponderantes de una sola nación, y basada, por consiguiente, en la servidumbre y dependencia de todas las demás, daría por resultado el anonadamiento de todas las nacionalidades y de toda emulación entre los pueblos; chocarían los intereses y los sentimientos de todas las naciones que se sienten llamadas a la posesión de una gran riqueza y de una alta importancia política; ello no sería sino la repetición de lo que ya ha existido, de la tentativa de los romanos, realizada esta vez por medio de las manufacturas y del comercio, en vez de serlo como en otro tiempo por el acero, pero conduciendo igualmente a la barbarie.

La civilización, la educación política y la potencia de los pueblos dependen principalmente de su estado económico, y recíprocamente. Cuanto más avanzada está la economía, más civilizada y potente es la nación; cuanto más crecen su potencia y su civilización, más se desarrollará su cultura económica.

He aquí las principales fases que hemos de distinguir en el desarrollo económico de los pueblos: estado salvaje, estado pastoril, estado agrícola, estado agrícola y manufacturero, estado agrícola, manufacturero y comercial.

Evidentemente, la nación que sobre un territorio extenso, provisto de recursos variados y cubierto de una población numerosa, reúne la agricultura, las manufacturas, la navegación, el comercio interior y exterior, es incomparablemente más civilizada, más desarrollada bajo el aspecto político y más poderosa que un pueblo meramente agricultor.

Pero las manufacturas constituyen la base del comercio interior y exterior, de la navegación y de la agricultura perfeccionada, y por consecuencia, de la civilización y de la potencia política; y una nación que consiguiese monopolizar toda la vida manufacturera del globo y limitar el desarrollo económico de las otras naciones, reduciéndolas a no producir sino géneros agrícolas y materias primas y a no ejercer sino las industrias locales indispensables, este pueblo llegaría necesariamente a la dominación universal. Una nación que concede algún aprecio a su independencia y a su conservación debe, pues, es-